

CAPITULO XX.

Avanza el General Díaz hasta las orillas de la capital.—Sitio de México.—Vuelve Guadarrama á Querétaro.—Situación de Escobedo en el sitio de esta ciudad.—Trabajos administrativos del General Díaz.—Ocupación de Querétaro.—Maximiliano y su ejército son hechos prisioneros.—Rendición de la Capital.



DETRAS de los restos de la brillante división que Márquez había conducido á la derrota, sacrificándola y abandonándola cobardemente, marcharon las avanzadas del Ejército republicano á los alrededores de la Capital. El día 12 de Abril llegó el resto de la fuerza, y, despues de haber descansado la víspera en Texcoco, ocupó á Tacubaya, desalojando á los imperialistas que huyeron hasta la ciudad, habiendo hecho sólo una leve resistencia.

El General Díaz avanzó hasta Chapultepec, y asegurado de esta posición, comenzó á estender su línea de sitio, trasladando el Cuartel General á Guadalupe Hidalgo.

En aquellos momentos volvía á encontrarse el General en Jefe del Ejército de Oriente en una situación semejante á la que tuvo al sitiar á Puebla con tan reducido número de tropas, y sin ningun material de campaña necesario para tan extensa operación militar.

La rapidéz con que el General Díaz se vió obligado á salir de Puebla sobre el ejército auxiliar de Márquez no le permitió sacar de aquella ciudad la artillería y municiones necesarias para el sitio de México.

Por otra parte, la fuerza con que contaba no era suficiente en número para cubrir la inmensa línea de circunvalación que debía cerrar una ciudad tan grande como México. El General Díaz tuvo, pues, que suplir con su actividad y su génio estas deficiencias, logrando mantener encerrado al Lugar-teniente del imperio, quien, á pesar del pánico de que estaba poseído, procuraba levantar nuevas tropas para sostenerse algun tiempo más.

Pero Porfirio había ocupado estratégicamente los pueblos de los alrededores, y vigilaba las calzadas y salidas de la ciudad, pronto á caer sobre los imperialistas, siempre que éstos intentaran algun movimiento. Y á la vez organizaba su ejército tan destruido despues del asalto del 2 de Abril y las sangrientas jornadas de San Lorenzo.

Por otra parte las caballerías del General Guadarrama, que solo habían venido de Querétaro en observación de Márquez, por si éste marchaba en auxilio de Maximiliano, habían regresado á aquella ciudad, llamadas violenta y urgentemente por el General Escobedo.

Solo estaban sobre la capital los cuerpos que habían concurrido al asalto de Puebla, las brigadas de Cuellar, Leyva y Lalanne y las fuerzas irregulares de Fragoso, Carabajal, Cuellar y Malo.

Para reponer las bajas sufridas en los combates anteriores el General en Jefe ordenó una recluta formal en los pueblos del Distrito federal y en Puebla, haciendo además venir rápidamente de Oaxaca el cuerpo de voluntarios «Libres» y dos compañías de zapadores.

Formó una división de caballería á las órdenes del General Leyva, que quedó tendida al Sur de la capital sobre el camino de Tlalpam: organizó además una brigada mixta que confió al General Hinojosa, y refundió en cuerpos regulares todas las guerrillas, formando otra brigada al mando de Lalanne.

El caudillo cuidó de que se repusiera el camino de fierro de Veracruz, y así pudo comenzar á traer de Puebla la artillería de sitio y las municiones correspondientes. En aquella ciudad, además, y en la fábrica de Panzacola se establecieron maestranzas para la construcción de municiones, equipo, montaje y los proyectiles necesarios para las piezas rayadas que se tomaron al enemigo en San Lorenzo.

Pero todas estas labores requerían numerosos recursos para atender á las imperiosas necesidades de la guerra. Era preciso mantener un Ejército que iba á aumentarse y hacer los crecidísimos gastos que exijían las obras de la maestranza y los demás servicios de la administración.

El General Díaz proveía á todo, dictando con notable atingencia acertadas disposiciones para arbitrarse las cantidades necesarias, sin extorsionar á los pueblos, recurriendo solo á los medios que podían darle las antiguas leyes de la República.

Después de haber refundido en una sola administración la del Distrito federal y la del Estado de México, estableció los impuestos legales, procurando se recaudaran con regularidad y con un orden perfecto. Además de la creación de municipios que coadyuvaran á los servicios públicos, estableció una Jefatura de Hacienda que concentrara la recaudación federal y la contabilidad, y un servicio aduanal que dió los resultados más satisfactorios.

Entre tanto avanzaban cada día más los trabajos del sitio, cuando repentinamente se suspendieron, y aún se dispuso enviar de nuevo á Puebla parte del material que se había traído de allí, cuya disposición sorprendió á los que tenían la convicción de que pronto tendrían que sucumbir la capital.

Pero el General Díaz no hacía más que obedecer las órdenes del Gobierno General quien, á pesar de la gran distancia á que se encontraba del lugar de los sucesos, creía desde San Luis Potosí poder dirigir una campaña tan difícil como la de Oriente.

Como hemos dicho ya, desde los primeros dias del sitio de Puebla el General Díaz tuvo que enviar al sitio de Querétaro las fuerzas del General Mendez, y las de los distritos primero y segundo del Estado de México. Y en los momentos en que terminaba la circunvalación

de la capital, el Gobierno le envió desde San Luis Potosí órdenes apremiantísimas de que auxiliara al Ejército que sitiaba á Querétaro, marchando personalmente con el Ejército de Oriente sobre esta ciudad.

El General Díaz creía que el mejor auxilio que podía prestar al General Escobedo era mantener á Márquez encerrado en la capital, para que con los elementos de esta no pudiera intentar llevar algun socorro á Maximiliano. Pero el mismo General Escobedo se dirigió al caudillo de Oriente llamándolo, y describiéndole la situación tan difícil en que se encontraba, y que podía obligarlo hasta á levantar el sitio.

Entonces el General Díaz dispuso abandonar el cerco de México, y marchar en ocho días sobre Querétaro.

Demos una rápida ojeada á lo que pasaba en esta ciudad.

Apesar de que á las órdenes del General Escobedo se habían concentrado las fuerzas republicanas del Norte, del Sur y del Poniente, la línea del sitio era tan extensa que esto dañaba á su solidez.

Maximiliano, por su parte, estaba rodeado de los mejores generales del partido conservador, valientes, inteligentes y aguerridos, que combatían en aquella vez no tanto por un principio, como por salvar, si era posible, su comun interés, y sobre todo la vida que, si caían prisioneros, estaban seguros de perder.

Allí se encontraban Miramon, Mejía, Castillo y Mendez, que en cien campos de batalla habían dado notorias pruebas de valor: y á sus órdenes militaban Generales, Jefes y Oficiales de un mérito igual, y soldados fogueados y fieles que se lanzaban sin vacilar donde los mandaban sus Jefes.

Por eso en el curso de aquel largo sitio pudieron efectuar los imperiales brillantísimas salidas, en algunas de las cuales lograron romper la línea republicana, como sucedió en tres ataques que dieron sobre San Gregorio, y en el Cimatario el 27 de Abril: en este ataque por algunas horas fueron los sitiados dueños del campamento republicano situado en aquellas colinas.

Si los Jefes imperialistas no hubieran estado cegados por ese vértigo del poder que va á sucumbir, habrían aprovechado aquel triunfo para salir de la ciudad: tal vez el Ejército republicano, repuesto de su sorpresa, hubiera perseguido á los fugitivos, y éstos se hubieran dispersado; pero los principales Jefes, alcanzando su salvación, habrían prolongado por más tiempo la guerra civil.

Afortunadamente las reservas de Escobedo, con una rapidéz prodigiosa, en cada una de estas salidas acudían al lugar del peligro, y volvían á meter á los sitiados dentro de la plaza, haciéndoles centenares de muertos y heridos.

Los combates en torno de la ciudad eran casi diarios y el ejército sitiador llegó á fatigarse, cuando solo había podido ocupar algunas casas de la otra banda del rio.

En estas circunstancias fué cuando creyó el General Escobedo que el auxilio del Ejército de Oriente sería decisivo: de aquí su empeño en llamar al General Díaz, ofreciendo ponerse á sus órdenes.

Pero despues de que en la salida del 27 de Abril las reservas republicanas y los cazadores de Galeana barrieron al regimiento de la Emperatriz y á las infanterías de Mendez, haciéndolos huir hasta la ciudad, despues de haber dejado la falda del Cimatario sembrado de cadáveres, cambió mucho la posición y la moral del ejército sitiador.

Dos ataques desgraciados sobre el cerro de San Gregorio intentados por Miramon en los primeros días de Mayo, y las fuertes pérdidas de los imperialistas en la intentona hecha sobre la garita de México y la Hacienda de Carretas, obligaron á Maximiliano á no tomar ya la iniciativa, limitándose á defender sus trincheras, tanto más, cuanto que se agotaban rápidamente las municiones, y faltaban del todo los víveres en la ciudad.

Entonces el General Escobedo participó al General Díaz el cambio tan favorable de las operaciones del sitio, y este Jefe pudo continuar el asedio de México.

Tranquilo el General Díaz sobre el éxito de la campaña del inte-

rior, después de haber enviado al General Escobedo las municiones de que éste carecía, se consagró á activar los trabajos de la maestranza de Puebla y al reclutamiento de su ejército, insuficiente para cubrir siquiera la extensa línea de circunvalación.

Pero impuso tanto con su actitud que Márquez no osó dar un solo paso fuera de la ciudad, limitándose á extorsionar á la población, robando los depósitos de víveres del comercio y de los particulares, y plagiando á los propietarios y á los ricos, sin respetar ni á las mugeres, para sacarles gruesas sumas de dinero.

Esa ha sido siempre la historia de las dictaduras clericales que han usurpado en México el poder. Y en Querétaro, á la vista de un príncipe austriaco que se decía ilustrado y humanitario, se cometían iguales atentados que en la capital.

Tanta violencia, la escasez de víveres, y el terror que inspiraban los secuaces de Márquez, hacían salir de la ciudad centenares de familias que iban á abrigarse al campamento republicano, donde encontraban no sólo garantías y protección, sino elementos y cuanto era necesario para la vida.

Durante el sitio de México se reveló el prodigioso talento administrativo del Señor General Díaz, quien actualmente y en los tres períodos en que el pueblo le ha confiado el Poder Ejecutivo de la República, ha podido en un campo más vasto aplicar sus facultades, cambiando enteramente la faz de la Nación y llevándola rápidamente por el camino del progreso.

El General Díaz, además de las urgentes atenciones de la campaña, tenía que despachar los ramos federales de los nueve Estados que estaban bajo su mando, y los del Distrito Federal. El Cuartel general había cuidado de nombrar gobernadores interinos de dichos Estados á patriotas dignos é inteligentes, que con verdadero celo y aplauso de los pueblos desempeñaban su cometido.

En suma, Porfirio consiguió en la inmensa zona de su dependencia regularizar todos los servicios públicos, establecer impuestos concordantes con las antiguas leyes de la República, formular el presupuesto civil del Distrito, metodizar la recaudación y crear al fin la hacienda pública, cubriendo los fuertes gastos de la campaña.

Entre tanto el sitio se había cerrado completamente, en virtud de haberse aumentado el Ejército de Oriente: las primeras líneas de los sitiados estaban ya dominadas por la artillería de los republicanos, y no quedaba un solo punto por donde pudieran salir los imperiales.

El Lugar-teniente se sintió perdido y el terror de su alma llegó á la demencia desde que fué rechazado en la calzada de la Piedad, por donde intentó hacer una salida. El General Díaz con las brigadas de Terán y Lalanne salió á su encuentro en el puente de los Cuartos, derrotándolo completamente.

Y sin embargo, el General en Jefe del Ejército de Oriente no emprendía ataque alguno para apoderarse de la primera línea de defensa y ocupar las primeras casas de la capital. Y no era que le pareciese difícil aquella ocupación, sino que deseaba ahorrar la sangre de sus soldados, que bastante se había derramado ya.

Tenía el General Díaz la convicción de que con no permitir la entrada de víveres á la capital ésta sucumbiría, sin peligro para los cuantiosos intereses encerrados en ella y que sufrirían demasiado en un asalto.

La población en efecto carecía ya de todo, y las clases desvalidas se morían de hambre. Diariamente se amotinaba el pueblo buscando maíz y leña y apenas podía Márquez refrenar aquellas demostraciones.

En los primeros días de la segunda quincena de Mayo Querétaro fué ocupado al fin, entregándose prisioneros Maximiliano y sus Generales con todo su ejército: pocos días después Ramirez Arellano, que había logrado escaparse y penetrar disfrazado á Mexico, dió parte á Márquez de la caída del imperio.

El Lugar-teniente quiso que se guardara un profundo silencio sobre aquel desastre, y con un cinismo enteramente conservador recurrió á un ardid del que se abusó demasiado, tanto durante el sitio de Querétaro como en el de México.

En medio de las salvas de artillería, los cohetes y los repiques se publicó un parte oficial comunicando que Maximiliano, después de ha-

ber derrotado completamente á Escobedo, venía con un ejército numerosísimo á salvar la capital. Y aquella grosera mentira estaba revestida de cuanto pormenor se creyó necesario para darle un barniz de verdad.

Pero en las legaciones extranjeras, en el comercio y en la banca se sabía perfectamente que Querétaro había sucumbido ya, quedando prisionero el Príncipe con todo su ejército.

Confirmaron esta noticia algunos hechos que en vano procuraba Márquez ocultar á la población: tal fué, por ejemplo, la llegada de las fuerzas de Puebla y México que el General Díaz había enviado á Querétaro desde el mes de Abril, y de dos divisiones del Norte y una de Occidente que al mando de Corona venían al sitio de la capital. Pero lo que ya no pudo mantenerse en silencio fué la partida para el interior del cuerpo diplomático autorizado cerca de Maximiliano, y la de los abogados Ortega y Martínez de la Torre y Riva Palacio que aquel había nombrado como sus defensores.

La nueva del desastre llegó con todos sus pormenores á la legión extranjera, que constituía la parte más importante de la guarnición de la capital, pues los soldados de Márquez, enteramente desmoralizados, no hubieran podido oponer ya una seria resistencia á los ataques de los republicanos. Desde entonces los austriacos se pusieron en contacto con el General Díaz, ofreciendo primero mantenerse neutrales y más tarde rendirse, sin más garantías que las de la vida.

Los Coroneles Kodolich, Kevenhuller, Vikembourg, Hamerstein, y los Comandantes Chenet y Klickzing habían declarado desde el principio del sitio que jamás servirían bajo las órdenes de un General, como Márquez, que abandonaba sus tropas huyendo desde el principio de la batalla. En tal virtud se pusieron al mando de Kodolich, desconociendo al Lugar-teniente, y ofreciendo capitular por su cuenta, cuando llegara la vez.

La tragedia del imperio tocaba en tanto á su sangriento fin. El 13 de Junio se había reunido en el Teatro de Iturbide de Querétaro el Consejo de guerra ordinario que debía juzgar al Príncipe de Hapsburgo, y á sus dos Generales Mejía y Miramon: y al siguiente día los tres reos de lesa nación fueron condenados á muerte.

De todas partes se levantaron mil voces pidiendo el indulto de los condenados; pero Juárez y su gabinete permanecieron inflexibles.

La sentencia debió ejecutarse á las dos de la tarde del domingo 16 de Junio; pero á petición de los defensores de los reos el Gobierno concedió una prórroga de tres días. Es que los abogados, que con tanto celo se empeñaban en salvar á Maximiliano y á sus dos generales, esperaban luchando más conseguir el perdón: esperanza vana que pronto quedó desvanecida.

Por fin amaneció el día 19, y con la rapidéz con que nace el día casi sin aurora en aquella latitud, el cielo de Querétaro se vió inundado de luz y el sol brilló en el espacio.

En la celda del ex-convento de Capuchinas que servía de prisión á Maximiliano había un silencio fúnebre, y solo se oía chisporrotear la cera de las velas que ardían en un altar improvisado.

Maximiliano hacía las últimas confidencias de su conciencia al sacerdote que lo asistía, y se despedía de sus amigos y sirvientes que estaban en torno suyo: en las dos celdas inmediatas Miramon y Mejía hacían también su tocador de muerte.

Se oyó á poco el redoble de los tambores que tocaban llamada, el tropel de la caballería que iba á escoltar á los reos y el ruido de los carruajes que debían conducirlos al cerro de las Campanas.

Un oficial penetró á la celda de Maximiliano pronunciando la terrible palabra «ya es hora.» Los condenados á muerte salieron de sus celdas, y la fúnebre comitiva partió.

En una pequeña meseta del cerro de las Campanas hicieron alto los reos: frente á ellos se colocaron tres pelotones de infantería encargados de ejecutar la sentencia de la República. Momentos después se escuchó una fuerte y triple detonación, envolviendo una nube de humo á aquel siniestro grupo: pero disipado el humo se vieron tres cadáveres que yacían en el suelo.

El de Maximiliano fué conducido á la sala de profundis de Capuchinas: los de Miramon y Mejía fueron entregados á sus familias. El imperio se había ahogado en la sangre real de Carlo Magno.

El mismo día 19 de Junio se supo en la capital el fusilamiento de Maximiliano y de sus dos generales. La desmoralización cundió por

todas partes, y los Jefes imperialistas más comprometidos, los que sabían que para ellos sería inflexible la ley, desaparecieron de la escena. Márquez se escondió empolvando quien sabe en qué sótano sus laureles y cruces militares: y lo mismo hicieron Vidaurri, O'Horan, Galvez, Ramirez Arellano y otros.

El General Porfirio Díaz, en tanto, creyó que había llegado la hora de ocupar ya la capital de la República, y comenzó á dar sus disposiciones para el asalto. Pero al amanecer el día 20 de Junio la plaza sitiada enarboló bandera blanca de parlamento.

El General Alatorre, en nombre del General en Jefe, recibió á los comisionados que venían á tratar de la redición pidiendo garantías; pero el Jefe republicano les contestó que no estaba facultado para hacer concesión alguna, y que solo admitiría se rindieran á discreción.

Los comisionados volvieron á la ciudad, que aguardaba aterrada la suerte que le impusiera la voluntad del vencedor.

Como espiraba el plazo señalado por el General Díaz para la rendición de la guarnición, y no se recibiera respuesta alguna, comenzaron las columnas republicanas á organizarse para el asalto, y las baterías del ejército sitiador rompieron el fuego sobre la ciudad, arrojando sobre ella infinidad de granadas y bombas.

En el acto volvieron á izar la bandera blanca y Tavera, que había quedado con el mando de la plaza desde que el Lugar-teniente se escondió, se rindió con toda la guarnición imperialista que estaba á sus órdenes.

El General Porfirio Díaz en nombre de la República libre é independiente ocupó la capital, arrancando de las armas de la gran ciudad la corona imperial que había grabado en ellas la ensangrentada espada de la invasión extranjera.

CONCLUSION